

LA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA PARA UN NUEVO SIGLO

Acorde con estadísticas que todos conocemos, uno de cada dos profesores de la Universidad de Antioquia de hoy, estamos próximos a completar nuestro ciclo de vida universitario y una gran mayoría de este 50% no estará presente en las aulas para empezar el siglo XXI.

Sabemos muy bien que lo que se haga o deje de hacerse, en ese futuro inmediato, estará influenciado, de una u otra manera, por lo que hemos hecho o dejado de hacer en estos últimos veinte a treinta años de nuestro paso por el Alma Mater y, por lo tanto, es doblemente pertinente la reflexión sobre la Universidad de Antioquia para el nuevo siglo. En primer lugar, por el simbolismo que encierra el despertar del nuevo milenio y, en segundo lugar, por el compromiso histórico con una institución y un país que requieren con urgencia de la adaptación a la posmodernidad, como preámbulo para el desarrollo material y espiritual y por ende para aclimatar la paz.

Nuestra Universidad de Antioquia es una institución grande por su tamaño y por su historia; pero mayor es el compromiso con la región, con el país y con la época. Este es el reto que tenemos los universitarios de hoy: Sabemos que la Institución es incapaz de cubrir la demanda que esta llamada a satisfacer; sabemos también que falta afinar la calidad de los procesos y ante todo

sabemos que hay deficiencia en la organización, a pesar de unos estatutos nuevos que demandan una reorganización del componente estructural vertical y posibilitan la extensión de redes horizontales (Institutos y Corporaciones), para lograr una organización matricial donde se posibilite la interdisciplinariedad y la emergencia de posibilidades nuevas, en la medida en que conjuguen saberes e intereses alrededor de los problemas de pertinencia social que estamos llamados a investigar.

Una meta deseable y posible es dar vida al nuevo Estatuto Universitario, en lo relacionado con la fusión de facultades para reducir, a la vez que se fortifica, el componente vertical y de esa manera se promueve y se amplía la posibilidad de movilizar el talento - desde todos los rincones de la Universidad y fuera de ella - en pos de la discusión interdisciplinaria.

El paradigma de la disciplinariedad, de lo cual fueron abanderados los Departamentos, cumplió, y sigue cumpliendo, un papel definitivo en el desarrollo de la ciencia y la tecnología de que tanto hemos disfrutado en el presente siglo. Es precisamente el progreso de las disciplinas lo que nos obliga ahora a proponer la inter/transdisciplinariedad como método para abordar el reto del nuevo siglo; ahora, cuando las disciplinas, con sus metodologías y saberes, nos han permitido entender la unidad de la ciencia, es necesario el diálogo activo entre las disciplinas, empezando por reconocer que se requiere el desarrollo de un nuevo

lenguaje, amén de una nueva lógica. Quizá estos dos elementos sean los principales obstáculos, pues ellos nos colocan en un estado de inseguridad e incertidumbre que riñe con la seguridad que suele acompañarnos - algunas veces a ultranza - cuando hablamos desde las disciplinas.

Estamos proponiendo, en resumen, un cambio en la cultura de la Institución; esto es, un cambio que convoque todas las fuerzas vivas: trabajadores, empleados no docentes, estudiantes, profesores y administradores. Tenemos que constituirnos en una comunidad con más oportunidades para la democracia, donde el conocimiento sea nuestra máxima meta y donde la misión, alrededor de la docencia, la investigación y la extensión, puedan expresarse con el máximo de calidad, en todos los sentidos, incluida la evaluación de los procesos y los resultados, como elemento para someternos al rigor de la evolución; esto es, para continuar, cambiar o desaparecer. Vale decir con capacidad de aprender. Nadie duda de que la Universidad tiene que ser, por antonomasia, una organización inteligente!

Es necesario reforzar el componente horizontal; pero más allá de los buenos propósitos. Es necesario delegar poder en las estructuras horizontales e invitar a los universitarios a convertirse en ciudadanos de toda la Universidad y no solamente en defensores de parcelas. Es también urgente dedicar recursos y crear estímulos

para la iniciativa y el liderazgo académicos; este liderazgo debe rescatar la inteligencia acumulada, donde quiera que esta se encuentre.

Esta atmósfera académica requiere flexibilidad y esta se reflejará necesariamente en los currículos y así se aprovecharía la diversidad de capacidades y motivaciones de los profesores y de los estudiantes y esto, a su vez, se traducirá en satisfacción individual y en la diversidad de roles sociales que los egresados estarían en capacidad de crear, mientras, simultáneamente, construyen la nueva sociedad.